

Los valores de los jóvenes

Santiago González Avión

Presentación

Para hablar de los valores de los y las jóvenes debemos precisar para empezar que todo intento de generalizar es forzosamente injusto, ya que existen más bien diferentes colectivos de personas jóvenes, pero no «juventud».

1. Poder y querer ser joven. (El ser, base del deber-ser)

Los cambios sociales de los últimos tiempos, la experiencia de los avatares históricos, han configurado un tipo de joven distinto del que aparece en los tópicos de la literatura juvenil y en las imágenes más comunes que se manejan en el mundo adulto. Esos cambios han influido decisivamente en el cambio de valores que hemos sufrido en los últimos años.

1.a) Alguien robó el presente: el ser del/de la joven¹

Una persona joven no puede ser definida por parámetros puramente intencionales. Por tanto, el primer factor que hay que considerar es el de la edad. Normalmente se afirmaba que la juventud

¹ Aunque también la experiencia personal ha tenido mucho que decir en este apartado, me he guiado por Javier Martínez Cortés, *¿Qué hacemos con los jóvenes?*, Sal Terrae, Santander 1989². Esp. pp. 9-16.

comprende entre 15 y 26 años. Pero actualmente se prorroga la edad hasta los 30 años. Por eso debemos distinguir entre la primera y la segunda juventud (juventud adulta).

Aunque el crecimiento de la esperanza de vida puede resultar importante, lo que determina esa prolongación es la dificultad creciente que encontramos para incorporarnos a lo que tradicionalmente se entendía por vida adulta: la estabilidad afectiva, económica, laboral... y la consiguiente independencia. Los problemas de vivienda, la dificultad de acceso al mercado laboral (crecientemente precarizado) y la prolongación de las etapas de formación son los aspectos más relevantes de la condición juvenil.

Si antes se robaba el presente a los/as jóvenes afirmando que suyo era el futuro, ahora es la precariedad transitoria la que nos impide poseer plenamente nuestra vida y nuestro destino.

Por último, nuestro ser está también marcado por la cultura juvenil. Dicha cultura puede ser compartida por personas que son biológica y socialmente adultas, además de prestarse a manipulaciones ideológicas: el estilo juvenil es un producto rentable; aparentemente la cultura juvenil empapa toda manifestación social y cultural (mientras somos criminalizados/as por los MCS). Pero es indudable que existen varios estilos juveniles, varias subculturas juveniles que, tomadas en su conjunto, configuran un complejo de ideas, valores y referencias que constituyen «la cultura juvenil».

1.b) Nos fuimos haciendo jóvenes

Hasta los años sesenta, las/os jóvenes se caracterizaban por una función cultural definida desde el futuro (repetición de moldes sociales y remuneración postergada del esfuerzo). Las vanguardias y otras excepciones notables no llegaron a tener el calado social suficiente como para romper esa tendencia. Pero el desarrollo generalizado de la civilización industrial y el éxodo masivo a las ciudades dejó sin vigencia los paradigmas anteriores. Por eso, durante algo más de una década (segunda mitad de los sesenta, buena parte de los setenta) los valores predominantes de los/as jóvenes se definieron desde el presente (creación de nuevos moldes sociales y remuneración inmediata de los esfuerzos).

Pero esa segunda funcionalidad (lo/as jóvenes como factores de cambio) comienza a desaparecer en cuanto hace mella en la economía la primera gran crisis que abre la era post-industrial, la del petróleo. El fin de la civilización del pleno empleo y el desmantelamiento de los Estados de bienestar abren paso a un nuevo tipo de joven: el/la desencantado/a («pasota»). Incluso podemos decir que entre el presentismo (remuneración inmediata) y la pretensión de un cambio existe una cierta contradicción, ya que las dinámicas sociales nuevas no se improvisan de la noche a la mañana: el hecho de que aquellos/as jóvenes que habían sido incorfomistas o rebeldes accediesen a puestos de poder y responsabilidad contribuyó al desencanto. Es más, quienes nacimos en la época del «baby boom» nos encontramos con un auténtico *tapón generacional* y pasamos a constituir una especie de *generación perdida*.

La degradación progresiva de una parte de los colectivos de jóvenes (drogadicción, delincuencia, paro de larga duración) llevaron a otros/as a reaccionar, no tanto desde las claves de la militancia, cuanto desde las del voluntariado. El activismo y las dificultades produjeron entre esta minoría el fenómeno del «quemazo». Mientras, la mayoría de jóvenes integrados/as optaban por los valores de la propuesta neoliberal (trabajo duro, competencia hasta el límite, gusto por las marcas como indicativos de un status social —que se tiene o se pretende...—) y neoconservadora (retorno a los valores de la intimidad —familia, pareja, amigos/as—, recuperación ambigua de la trascendencia...). El principal modelo de identificación de estas mayorías es el «pijo», lo cual marca la recesión de la cultura y los valores de las tribus urbanas (no quiere decir que desaparezcan completamente).

1.c) Nivelación y dislocación

Uno de los fenómenos juveniles más característicos es la nivelación. Es decir, a pesar de las enormes diferencias existentes entre las distintas tipologías de los/as jóvenes, la identificación primaria de casi todos/as no es la de la clase social ni la del estilo cultural, sino el hecho de ser jóvenes. Se produce una dislocación entre clase social y valores compartidos. Por decirlo de otra manera, el valor de clase no

coincide con los valores éticos y culturales. Estamos ante una oferta plural y reaccionamos de maneras diferentes.

2. Entre la utopía y el tópico

2.a) *Los distintos ejes*

Lo que queremos ser como jóvenes hoy, está marcado por varios ejes donde nos cuesta encontrar el equilibrio. En el eje integración-renovación-revolución, apostamos conscientemente por valores de renovación y, no pocas veces, por aspectos tan novedosos que resultan revolucionarios. Pero a nivel real, nuestra vida se mueve más en claves de integración (porque, de lo contrario, amenaza la marginación). Algo semejante sucede en el eje legitimación-crítica-subversión: tendemos a alabar las posturas críticas y a permitir las subversivas (así, por ejemplo, los insumisos aparecen como una especie de héroes), pero acabamos por legitimar la sociedad tal como está montada e incluso una gran mayoría de jóvenes prefieren no ponerla en cuestión.

Por eso, en el eje valorativo de ilusión-realismo-desengaño, es la juventud legitimista e integrada la que más satisfacción siente (afirmando que su instalación procede del realismo); la juventud más marginal y la más crítica es la que más crudamente siente el desengaño, aunque las motivaciones no sean menos realistas. De la misma manera, el valor de la temporalidad (el eje pasado-presente-futuro) está marcado por el primado del presente. El futuro no significa el éxito y la riqueza, mientras que el pasado es tradición. Los/as jóvenes crítico/as descubren, poco a poco, el pasado como fuente de memoria, de donde se debe aprender, y, el futuro como posibilidad para la utopía.

2.b) *Dicotomías*

Dentro de las dicotomías y escisiones que nos afectan como jóvenes, una muy importante tiene que ver con la gratificación² de nuestros esfuerzos

² Aunque el tema de la remuneración de los esfuerzos, así como otros rasgos del análisis social, están tomados de la obra de Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*,

y enlaza directamente con la concepción que tenemos del tiempo: defendemos, por lo general, la gratificación inmediata. Pero aparecen voces en defensa del placer y del disfrute diferidos. Esas voces configuran un modelo del joven que conocemos: quien trabaja duro (o estudia mucho) durante la semana y disfruta el fin de semana —lo mismo podemos decir del día y de la noche o del tiempo de trabajo y las vacaciones—. Sólo una minoría asocia ese “diferimiento” con causas trascendentes (entendiendo por causas trascendentes no sólo las recompensas prometidas por las religiones, sino también la consecución de un nuevo tipo de sociedad y de cultura).

3. Los valores en los/as jóvenes

3.a) *Los nuevos movimientos sociales*

Los/as jóvenes fueron la fuerza más importantes con la que contaron los llamados «nuevos movimientos sociales» y las corrientes culturales críticas. Aunque los nuevos movimientos sociales (pacifismo, feminismo, ecología, animación comunitaria, participación ciudadana, asociacionismo lúdico, voluntariado, solidaridad con el Tercer Mundo...) consiguieron empapar la sociedad de forma que parte de los valores que llevaban aparejados son hoy compartidos por las mayorías e incluso utilizados en los reclamos comerciales y por los grupos de poder, también es cierto que disminuyó su capacidad para la transformación social. Este efecto se consiguió gracias a la capacidad que tiene la sociedad capitalista de asimilar valores procedentes de matrices culturales alternativas, y también por la gran cantidad de contradicciones que contiene el propio estilo de los movimientos de nuevo cuño³. Por eso, la fuerza de estos movimientos y sus tendencias más actuales procede de la capacidad de coherencia. Sin embargo, lo que podemos llamar «supermercado de valores» dificulta esta tensión:

Alianza Editorial, como podrá observarse, ni el trasfondo ideológico ni los resultados coinciden con mi postura.

³ Respecto de los nuevos movimientos sociales y las perspectivas juveniles de transformación, algunas perspectivas interesantes en las actas, todavía inéditas, del *Congreso Galego de Xuventude*, Santiago de Compostela 1992.

coincide con los valores éticos y culturales. Estamos ante una oferta plural y reaccionamos de maneras diferentes.

2. Entre la utopía y el tópico

2.a) *Los distintos ejes*

Lo que queremos ser como jóvenes hoy, está marcado por varios ejes donde nos cuesta encontrar el equilibrio. En el eje integración-renovación-revolución, apostamos conscientemente por valores de renovación y, no pocas veces, por aspectos tan novedosos que resultan revolucionarios. Pero a nivel real, nuestra vida se mueve más en claves de integración (porque, de lo contrario, amenaza la marginación). Algo semejante sucede en el eje legitimación-crítica-subversión: tendemos a alabar las posturas críticas y a permitir las subversivas (así, por ejemplo, los insumisos aparecen como una especie de héroes), pero acabamos por legitimar la sociedad tal como está montada e incluso una gran mayoría de jóvenes prefieren no ponerla en cuestión.

Por eso, en el eje valorativo de ilusión-realismo-desengaño, es la juventud legitimista e integrada la que más satisfacción siente (afirmando que su instalación procede del realismo); la juventud más marginal y la más crítica es la que más crudamente siente el desengaño, aunque las motivaciones no sean menos realistas. De la misma manera, el valor de la temporalidad (el eje pasado-presente-futuro) está marcado por el primado del presente. El futuro no significa el éxito y la riqueza, mientras que el pasado es tradición. Los/as jóvenes crítico/as descubren, poco a poco, el pasado como fuente de memoria, de donde se debe aprender, y, el futuro como posibilidad para la utopía.

2.b) *Dicotomías*

Dentro de las dicotomías y escisiones que nos afectan como jóvenes, una muy importante tiene que ver con la gratificación² de nuestros esfuerzos

² Aunque el tema de la remuneración de los esfuerzos, así como otros rasgos del análisis social, están tomados de la obra de Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*,

y enlaza directamente con la concepción que tenemos del tiempo: defendemos, por lo general, la gratificación inmediata. Pero aparecen voces en defensa del placer y del disfrute diferidos. Esas voces configuran un modelo del joven que conocemos: quien trabaja duro (o estudia mucho) durante la semana y disfruta el fin de semana —lo mismo podemos decir del día y de la noche o del tiempo de trabajo y las vacaciones—. Sólo una minoría asocia ese “diferimiento” con causas trascendentes (entendiendo por causas trascendentes no sólo las recompensas prometidas por las religiones, sino también la consecución de un nuevo tipo de sociedad y de cultura).

3. Los valores en los/as jóvenes

3.a) *Los nuevos movimientos sociales*

Los/as jóvenes fueron la fuerza más importantes con la que contaron los llamados «nuevos movimientos sociales» y las corrientes culturales críticas. Aunque los nuevos movimientos sociales (pacifismo, feminismo, ecología, animación comunitaria, participación ciudadana, asociacionismo lúdico, voluntariado, solidaridad con el Tercer Mundo...) consiguieron empapar la sociedad de forma que parte de los valores que llevaban aparejados son hoy compartidos por las mayorías e incluso utilizados en los reclamos comerciales y por los grupos de poder, también es cierto que disminuyó su capacidad para la transformación social. Este efecto se consiguió gracias a la capacidad que tiene la sociedad capitalista de asimilar valores procedentes de matrices culturales alternativas, y también por la gran cantidad de contradicciones que contiene el propio estilo de los movimientos de nuevo cuño³. Por eso, la fuerza de estos movimientos y sus tendencias más actuales procede de la capacidad de coherencia. Sin embargo, lo que podemos llamar «supermercado de valores» dificulta esta tensión:

Alianza Editorial, como podrá observarse, ni el trasfondo ideológico ni los resultados coinciden con mi postura.

³ Respecto de los nuevos movimientos sociales y las perspectivas juveniles de transformación, algunas perspectivas interesantes en las actas, todavía inéditas, del *Congreso Galego de Xuventude*, Santiago de Compostela 1992.

no son pocos los/as jóvenes que simpatizan o se comprometen en este tipo de *movimientos* y, no obstante, escogen los valores que orientan sus vidas en otros campos procedentes de una mentalidad que hoy es dominante: la neoconservadora y neoliberal.

3.b) El impacto neoliberal

Los valores neoconservadores fueron “acogidos” por una gran parte de los/as jóvenes. El trabajo duro, la competitividad, la exaltación de lo privado sobre lo común y lo público, la defensa del mérito y de la retribución postergada configuran la asimilación por parte de los/as jóvenes de valores adultos.

Más allá de la aceptación directa del programa neoliberal, toda la sociedad recibió el influjo de la mentalidad neoconservadora, hasta el punto de que podemos afirmar que hoy estamos los jóvenes mucho más asimilados/as: reivindicamos menos cambios en la familia, no nos importa la participación en la enseñanza —sino el *currículum*—, aceptamos condiciones laborales y trabajos que hace pocos años nos producirían escándalo...

Es cierto que todos estos fenómenos tienen causas económicas y sociales que ya hemos visto; pero también lo es que fuimos integrando en nuestras escalas de valores conscientes o inconscientemente, los dictados del nuevo individualismo, incluso en los que conscientemente se trata de mantener encendida la antorcha rebelde del pasado.

Tampoco podemos negarle los valores positivos a ese nuevo individualismo —que los tiene—: la intimidad, la ternura, el tiempo gratuitamente compartido son dimensiones necesarias para todo proyecto humano.

3.c) En el supermercado de valores: unidad y diversidad de los/as jóvenes

Aspecto de unidad: Entendemos por «supermercado de valores» como una situación en la que se produce una uniformización de base, donde no solamente somos todos/as iguales, sino que lo diverso casi no tiene cabida. Esa uniformidad de base no impide —más bien promueve— un movimiento de valores según las leyes del mercado: el propio interés, el máximo beneficio privado.

La unidad tiene dos contenidos fundamentales: Uno es el socio-económico. La precariedad afecta a casi todos/as los/as jóvenes: cada vez son más los/as jóvenes que dependen económicamente (en todo o en parte) de sus padres, más los/as parados/as, más los/as estudiantes de larga duración. El otro es el socio-cultural: de los/as jóvenes del mayo del 68 (entendido como símbolo), hemos heredado el inconformismo y el hedonismo⁴ (ambos atemperados en muchos sectores juveniles por los valores de la retribución diferida), al lado de la huella (acaso más reciente) del nuevo individualismo.

Aspecto de diversidad: Si estamos en un mercado de valores, la igualdad no puede existir aunque se den tendencias fuertes de cara a la uniformidad. A grandes rasgos, podemos dividir la sociedad en tres tercios: el de los opulentos, el de la gente trabajadora —con trabajo o con expectativas de tenerlo— y el de las personas y colectivos marginados. Aun dentro de los dos tercios integrados, resulta ya un tópico decir que estamos en una sociedad de dos velocidades: quien entra en la rápida, aunque pertenezca a clases trabajadoras, adquiere enseguida un nivel de vida superior, domina las nuevas tecnologías, los mercados o la información. Quien permanece fuera de esa velocidad de desarrollo puede ir perdiendo su posición opulenta o integrada, e introducirse en un proceso de depauperación.

Esa condición actual nos afecta mucho más profundamente a los/as jóvenes, pues no sólo condiciona nuestro acceso a la riqueza, sino que determina nuestras posibilidades sociales y culturales (actuales y futuras). Por eso se extendió (especialmente durante los años 80) una cultura individualista que puede llegar a ser feroz durante los próximos años (aunque también existe pretensión de solidaridad como base de la búsqueda de alternativas).

En este proceso se produce una fusión parcial de perspectivas entre las de los/as jóvenes procedentes de lo que se dio en llamar el «ateísmo humanista» (o también del agnosticismo de cuño humanista), que parece estar en retirada, y las de los/as jóvenes educados/as en

⁴ El inconformismo tiene motivaciones socio-económicas nuevas y el hedonismo es más blando, suave (light), pero la matriz cultural sigue siendo la misma.

estilos cristianos progresistas y de liberación. Serán sus hábitos sociales y políticos los que converjan preferentemente en los nuevos movimientos sociales. Por contra, los hábitos del nuevo individualismo arraigan entre la juventud integrada, tanto indiferente (una importante mayoría) como creyente, de educación «burguesa». Los/as jóvenes que van quedando tirados/as en los márgenes de la sociedad reciben con desencanto ese nuevo individualismo que les genera frustración y conduce «a pesar de todo», pero que les sirve de defensa. Sólo cuando tienen experiencias fuertes y prolongadas de contacto con personas solidarias (no sólo ni preferentemente con instituciones aunque sean éstas las mediaciones más eficaces del contacto personal) pueden llegar a reaccionar con simpatía y compromiso hacia los valores de la solidaridad.

4. Una propuesta ética juvenil en perspectiva mundial

Una propuesta de ética juvenil (no sólo descriptiva sino también —y sobre todo— prescriptiva) debe tener en cuenta la conexión que existe entre la precariedad transitoria que define la condición juvenil con otra precariedad: la reivindicación de las identidades diferentes, negadas por la modernidad, la apertura a la alteridad, el compromiso por los derechos humanos y una vida digna, la ecología, la dignidad de la mujer, el pacifismo... sin olvidar que son los problemas propios de la condición juvenil el centro de la tarea ética que nos corresponde realizar.

Es decir, parece fundamental realizar una propuesta ética en la que la problemática juvenil esté en primer plano: que los/as jóvenes afrontemos nuestros problemas de educación, de trabajo, de vivienda de expectativas de vida. Con todo, los valores juveniles no pueden considerarse como el momento definitivo de la evolución ética de una persona: por lo tanto, debemos asumir la transitoriedad, no en las claves de lo efímero, sino de lo educativo. Por último, esta ética debe entroncarse siempre con los nuevos movimientos sociales: la sensibilidad de cambio social y de respeto a las personas debe ser un referente constante para nosotros/as. Es precisamente ahí donde enlaza la defensa de nuestra situación personal, la de todos los colectivos juveniles y la de las personas y grupos humanos que sufren —tanto la precariedad como la opresión o la muerte antes de tiempo—, no sólo transitoriamente, sino de forma continuada y dura.